

Rosa Ribas

LEJOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ROSA RIBAS
LEJOS

TUSQUETS
1993

1.ª edición: abril de 2022

© Rosa Ribas, 2022
Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 78-84-1107-096-6
Depósito legal: B. 4.169-2022
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Black Print CPI
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Esa noche, él no sabía que pisaba un cementerio. Un cementerio clandestino, sin lápidas ni cruces, con solo dos muertos. Serían tres a su partida.

Siguió caminando hasta que sintió asfalto bajo los pies. El canto de los grillos sustituyó al crujido de la hierba seca que había acompañado sus pasos. Le dolían los hombros. Se detuvo y descargó la mochila y la bolsa. En la bolsa de viaje había metido ropa, calzado y un neceser; en la mochila, comida para los primeros días y, bajo las latas y paquetes, el dinero.

En esa zona de la urbanización los edificios no estaban terminados y no había farolas ni luces de ventanas que pudieran delatarlo en la oscuridad de la luna nueva. Hizo rotar los hombros doloridos, estiró el cuello y los brazos. Todo crujió. Tomó aire, levantó de nuevo el equipaje y siguió la pista asfaltada flanqueada a su derecha por una verja de metal que encerraba edificios inconclusos, con la mirada fija al frente, sin-

tiendo la negrura cerrándose a su espalda como la cremallera de un saco mortuario.

El piso que buscaba estaba en la zona limítrofe, en una parte de la urbanización en la que los bloques estaban terminados pero semivacíos. Llegó al final de la larga valla y dobló a la derecha. Lo recibió una hilera de farolas sin cabeza, palos de metal sobre una cinta de pavimento interrumpida con regularidad por los rectángulos de tierra en los que deberían haber estado los bancos. En uno, algún vecino había alineado tres sillas de plástico. No sabía si debía compadecerlo o temerlo.

Avanzó por la calle pegado a las paredes. Había —esto no lo había previsto— una ventana iluminada en la acera de enfrente, en un tercero. Un insomne o alguien que ahuyentaba los miedos con una bombilla prendida, como los niños. En esos primeros bloques muy pocos pisos estaban habitados. Temió que el insomne pudiera asomarse en ese momento y verlo. Pero ¿para qué iba a asomarse a la ventana a las tres de la mañana? ¿Para ver qué? Su banco improvisado, tal vez.

Sacó las llaves con cuidado de que no golpearan entre ellas. El sonido metálico podría alarmar a alguno de los escasos vecinos, tal vez sacar de un sueño incipiente al insomne. Delante de la puerta sintió una punzada de pánico. ¿Y si la llave no funcionaba? Debería haberle dejado las copias a Luján, total, aquí no

venía nunca, y haberse llevado las originales. Pero la llave entró sin problemas en la cerradura, abrió y le permitió acceder al portal. Frío, a pesar del verano. Húmedo, a pesar del aire seco que agostaba los campos que rodeaban la urbanización. Acompañó la puerta, como pedía el cartelito pegado al cristal. Alumbró los buzones con la linterna. Pocos nombres, muchos números. Subió las escaleras hasta la segunda planta.

Segundo segunda. Un eco de temor con el llavín en la mano ante la puerta de entrada. Un eco también de alivio al sentir que la cerradura ofrecía poca resistencia.

El aire encerrado aguardaba tímido y pestilente en el interior. Aunque debía extremar las precauciones, fue hasta el salón y levantó un par de dedos una de las persianas. Agradecida, subió sin quejarse. El chirrido de los grillos agitando frenéticos los élitros y las patitas entró con violencia y expulsó el aire estancado. Respiró ese aire nuevo y ruidoso. El cansancio caía sobre su cuerpo con cada espiración.

Había hecho un largo camino desde que cogió el tren en la capital. Si a sus compañeros se les ocurría pedir grabaciones de cámaras de seguridad, lo verían tomando un tren en la dirección contraria, del que se había bajado en la estación de un pueblo con el que no guardaba ninguna relación y donde ya había comprobado que no había cámaras. Por no haber, no había ni jefe de estación. En caso de que alguno de los

escasos pasajeros lo recordara, sería a kilómetros de allí. Pero ¿quién iba a fijarse en un hombre de mediana edad que viajaba silencioso en un tren? Tomó después un autobús que lo aproximó a la zona. El tramo final lo hizo andando por caminos agrícolas. A un lado, la devastación de los campos de girasoles cosechados; al otro, la resignada espera amarilla de los trigales. Solo se había cruzado con un hombre en tractor que lo saludó con la mano. Había dejado atrás una zona en la que el paisaje se encrespaba en bancales. Riscos y rocas a los que los matorrales se aferraban con la terquedad de perros pequeños.

Cerca de la urbanización, pasados unos sabinares, cruzó terrenos baldíos, algunos abandonados hacía menos tiempo, donde las plantas todavía respetaban los viejos surcos. Las únicas referencias que había tenido su vista en esa planicie eran, esporádicamente, algunas casetas de aperos semiderruidas, rastros de vida humana en un planeta abandonado. Pensó en esconderse en una de ellas y dejar pasar las primeras horas de la noche, pero el interior estaba sembrado de latas de bebidas y porquerías. Se sentó con la espalda contra el muro y dejó pasar las horas. Tenía que entrar en la urbanización de madrugada, cuando todos estuvieran durmiendo.

Por fin había llegado. Dejó su equipaje sobre una mesa y se quitó los zapatos y los calcetines. El polvo se le adhirió a los pies húmedos. Según los buzones,

tanto el piso de abajo como los contiguos estaban vacíos; aun así, caminó de puntillas hasta el dormitorio. Se tumbó sobre el colchón sin sábanas, que, como un borracho recién despertado, lo saludó con un eructo de humedad. Su compañero Luján no había entrado allí en meses. En invierno, por el frío. Calentar esa vivienda significaba caldear el aire inmóvil que envolvía sus paredes, suelos y techos. En primavera, Luján había preferido las noches en la capital. Ese verano el calor y una piscina que no era más que un agujero rectangular excavado en el interior del patio de manzana hacían ese apartamento poco apetecible. Quizás le diera por aparecer en otoño. Para entonces él ya no estaría allí. Ese piso era un refugio provisional, hasta que encontrara un sitio apropiado donde pasar las primeras semanas, un mes, o tal vez dos, el tiempo para que aceptasen que no había rastro de él en la capital. Después, podría volver, ponerse en contacto con alguien que le proporcionara papeles nuevos y marcharse definitivamente. Pero eso sería después. Ahora solo quería dormir.

Siguió caminando en sueños. El secarral que rodeaba la urbanización se había convertido en un terreno enfangado. El barro le arrancó los zapatos y los engulló de un trago blando; después le envolvió los tobillos y una lengua viscosa le arrancó los calcetines. Se miró los pies, sorprendentemente blancos y limpios. Tenía que seguir andando. Hundía un pie en el lodo, daba

una larga zancada, hundía el otro y arrancaba el primero. A cada nuevo paso le costaba mayor esfuerzo sacar el pie. Volvió a mirar abajo y descubrió que no era barro, sino cemento que se estaba secando. «Guárdalo tú», le dijo entonces una voz al oído. Intentó correr. «Guárdalo tú», le insistía otra voz. Pasos, unos pies duros y polvorientos se acercaban con sigilo. Se despertó sobresaltado. Se incorporó en el colchón mojado ahora de su propio sudor. «Guárdalo tú», repitió la voz, pero ahí no había nadie. Había sido solo un sueño mohoso empeñado en despertarlo.

La línea de luz gris que entraba por la rendija de la persiana le advirtió de que tal vez había cometido un error. Se levantó muy despacio. No quería hacer ruido. Se acercó a la ventana.

El bloque de enfrente era el último de la zona habitada. Cuando por las mañanas los pocos que vivían allí se asomaban a las ventanas, veían siempre la misma imagen y sabían de memoria qué persianas se levantaban y a qué hora lo hacían. Las de los pisos deshabitados, siempre inmóviles, ya se habrían mimetizado con los muros.

Sacó unos prismáticos de la mochila y volvió a la rendija. Recorrió una a una las ventanas de enfrente. Nada se movía. Tampoco en la casa del insomne. Entre persianas descoloridas ya por los años de abandono y sol, las ventanas abiertas eran solo rectángulos oscuros.

Dejó los prismáticos en el suelo y tiró de la cinta de la persiana, que, como la noche anterior, obedeció dócil y silenciosa.

No podía salir hasta que oscureciera. Se tumbó de nuevo en la cama.